

llevarle hacia Francia primero, y en seguida hacia el Havre, donde debía embarcarse.

Se paró un instante en la orilla del lago, por la que tantas veces había paseado durante su juventud persiguiendo una idea, buscando una inspiración.

La hora de la separación sonó por fin.

Cuando los tres amigos que estaban al pie de la portezuela del vagón en que había montado al Sr. Mertens, oyeron la señal de partida, cambiaron con él una última mirada y un postrer saludo.

Con un movimiento de cabeza llamó el señor Mertens á su discípulo y le dijo muy bajo:

—¡No temas nada! ¡Ten esperanza, hijo mío! ¡Adiós!

Y con un movimiento de la mano saludó á sus compañeros y á su país.

Se le vió palidecer.

Su corazón se desgarraba.

Pero el tren se puso en movimiento.

Sonó el silbato de la máquina, lanzó al aire un torbellino de humo, se sintió un ruido que fué desapareciendo, y desapareció todo.

Aquello había concluido.

Los presentimientos del anciano debían realizarse.

Aquella visita había sido la última que hacía á su patria.

Debía morir antes de llegar á los Estados Unidos.

VI

Al lado de un féretro.

Había muerto. La pobre anciana había entregado su alma al Creador.

La triste casa de la Boca del Lobo estaba más triste que de costumbre.

Pocas horas antes de exhalar el último suspiro, había recibido la anciana una visita inesperada.

La de Fernanda de Corbiere.

La joven y la moribunda habían hablado largamente.

Cuando la castellana de la Ferté-Montarón salió de la habitación de la aldeana, los allí presentes pudieron notar dos cosas: primera, que la señorita de Corbiere marchaba con paso ligero, como si se hubiera descargado de un enorme peso; que sus facciones tenían una animación desacostumbrada y se iluminaban por una especie de deseo de sacrificio, mientras que el rostro de la moribunda tenía impresa una profunda alegría, una esperanza que la transfiguraba y una fe en el porvenir que contrastaba con la desconfianza y la tristeza de sus últimos años.

La señorita de Corbiere salió de la Boca del Lobo después de haber abrazado á Teresa, á quien había acompañado con la duquesa de Reville y el marqués de Sauves, en su vuelta de Isterlaken.

La duquesa y su séquito estaban en el castillo de la Ferté, abandonado desde el trágico fin de la condesa.

Teresa no sabía nada todavía.

Por consejo de la duquesa y de sus amigos, Fernanda se había resignado al silencio. Pero había querido que la pobre mujer llevase á la tumba la seguridad de que su hijo Juan sería rehabilitado, que Teresa sería feliz y rica, y que los otros también lo serían, puesto que ella hacía depender su dicha de la de ellos.

Esta era la confesión que acababa de hacer á la moribunda.

Eran cerca de las ocho.

El día iba desapareciendo.

Era á fines de setiembre y la oscuridad se esparcía sobre los campos, llanos y pantanosos que rodean la granja Montarón.

Cerca de la anciana estaban: Pedro que no se separaba de ella nunca; Teresa, que velaba desde hacía veinticuatro horas al lado de la moribunda, que la miraba con sus ojos medio apagados y con la ternura de siempre.

Después de la partida de la señorita de Corbiere, la madre la atrajo hacia sí y la dijo;

—Quiere mucho á esa que acaba de salir, querédla todos, ¡es una santa!

Allí estaban también el cazador de topos, el amigo fiel de los malos tiempos, y Magdalena, la buena criada á quien no había espantado nunca la miseria y quien consolaba á su amigo Pedro, diciéndole:

—¿Por qué llorar?... ¡Os quedan los otros! Guillermo y Juan no estaban allí.

No podían estar.

No podían ni aun saber nada.

A la distancia que se encontraban no recibirían la triste noticia sino mucho tiempo después del suceso.

¿Pero Marcelo?

¿Por qué tardaba en llegar?

¡Debía haber recibido la carta y su madre deseaba tanto verle!

A cada instante la pobre mujer volvía la cabeza hacia la puerta: Pedro y Magdalena prestaban atento oído al menor ruido hecho en el patio.

El tiempo apremiaba.

A medio día había estado el médico y había dicho:

—No pasará de las doce de la noche.

Y en efecto, la enferma se ahogaba suavemente, casi sin sufrimiento.

Era que el corazón se paraba como un resorte desgastado por el uso y el tiempo, y que no puede regir.

Sonaron las diez en el alto reloj del castillo de la Ferté.

De pronto, el cazador de topos, que estaba en pie, recostado contra la pared, en la vasta habitación casi desamueblada en donde estaba el lecho de la enferma, dijo con voz cascada:

—¡Ahí está!

Un ruido de coche, apenas perceptible todavía, había llegado á sus oídos.

Aquel ruido fué aumentando con rapidez. Una berlina de alquiler entró en el patio, y

poco después se abrió la puerta de la habitación de la enferma.

Marcelo entró.

Fué derecho á la cama de su madre, la estrechó en sus brazos y la dijo al oído algunas palabras que hicieron asomar á los labios de la moribunda una sonrisa divina.

Después, como si no hubiese esperado más que la llegada de su hijo para morir, cerró los ojos, su pecho se hinchó por última vez, y exhaló el último suspiro.

Había muerto.

Teresa, Pedro y Marcelo, oraban de rodillas cerca de ella.

Magdalena sollozaba.

El cazador de topos, consternado, oraba también,

Dos días después, á las nueve de la mañana, en la iglesia de la Ferté, una multitud de aldeanos de ambos sexos y de todas las edades, acompañaban un féretro que llevaban aldeanos vestidos de negro.

La duquesa de Reville, Fernanda y el marqués de Sauves, que asistían á aquella fúnebre ceremonia, estaban cerca del coro.

Detrás del féretro era considerable la afluencia de gente.

Parecía que el honor de los Montarón, ajado con el proceso de Blois, estaba ya restaurado.

Y lo estaba en efecto.

Una reacción se verificaba en la opinión pública.

Se sabía que Juan Montarón se había esca-

pado de la Nueva Caledonia, que vivía, que había habitado en París, desafiando á la policía y á la fuerza pública y que, en fin, en la catástrofe muy reciente de la Opera Cómica á él era á quien debía su salvacion la señorita de Corbiere.

En seguida había desaparecido de nuevo.

Se había transformado en un héroe casi legendario.

Se decía vagamente que había vuelto á Australia, en donde su hermano Guillermo y el vizconde de Fleuse estaban en vías de hacer fortuna.

El asunto de Blois había, pues, sido para los Montarón la causa y el punto de partida de una especie de restauración.

Además, ¿no era la verdadera absolución del condenado la presencia de la heredera de los Corbiere Latouche, rindiendo los últimos deberes á la madre del asesino de su hermano?

¿No demostraba esto el perdón y la reconciliación?

Comenzó el funeral.

Detrás del féretro no estaban más que Teresa y Pedro Montarón, que representaban á los hijos de la muerta.

Fernanda de Corbiere, de riguroso luto y con un velo sobre la cara, contaba los ausentes.

Su corazón se oprimió.

Más que nunca pensaba en aquel Marcelo misterioso, cuyas cartas guardadas en su pecho, la abrasaban el corazón.

Había creído encontrarle allí, y no estaba;

lo mismo que en la iglesia de Lucerna, sus esperanzas estaban frustradas.

¡La última desaparecía también!

¡Pues bien, su partido estaba tomado!

Haria dos partes de su fortuna: una para los pobres y la otra para los Montarón, sus únicos parientes.

Después se encerraría en un convento.

¿Dónde?

¿Qué la importaba?

Estaba decidida á sacrificarse á sí misma por aquella muerte anticipada, contra la que todo su ser, joven y lleno de savia, se sublevaba.

De rodillas en un reclinitorio, con la frente apoyada en el respaldo, estaba absorta en sus meditaciones, cuando de pronto se irguió.

En la tribuna del órgano, regalado por su padre el conde Corbiere-Latouche, apasionado por la buena música y músico también, un sonido dulce y triste acababa de hacerse oír y se deslizaba lastimero bajo la bóveda de finas molduras de piedra.

Era un canto doloroso que penetraba hasta el fondo del alma.

Poco á poco se animó y, en una sonoridad vibrante y suave se desarrolló en armonías poderosas é inspiradas.

Era evidentemente un profesor quien saludaba á la muerte con un supremo adiós desde lo alto de aquella tribuna alumbrada sólo por un rosetón de tintas sombrías.

¿Pero quién?

Permanecía invisible.

El corazón de Fernanda dió un salto.

—¡El!

Se repetía temblando:

—¡Es él!

¡Sólo él podía hacer gemir así bajo sus dedos aquel magnífico instrumento al pensar en la que ya no existía!

¡En su madre!

¿Qué otro, en aquella aldea perdida en el fondo de la Sologne, en aquellas regiones en donde únicamente el castillo de la Ferté Montarón, despertaba la idea del lujo y de la riqueza, hubiera tenido el poder de conmoverla así?

Sin embargo, como tantas veces se había equivocado ya, tenía ser la burla de una nueva ilusión.

De pronto se llevó la mano al pecho y sus ojos se nublaron.

Una voz celeste suspiraba la frase amada que había oído dos veces y que ella misma repetía todos los días.

Parecía bajar del cielo y cantaba bajo las bóvedas, acompañada de acordes de una riqueza extrema.

El artista, más inspirado en aquella iglesia de aldea, más enternecedor sin duda porque sentía enfrente de su querida madre muerta su dolor más profundo.

—¡Marcelo!—murmuró la joven en un éxtasis de alegría.

Estaba, pues, por fin, encontrado.

Su corazón no la había engañado.

A él era á quien oía en Suiza cuando una secreta advertencia, una voz misteriosa la decía que iba á encontrarle.

A partir de aquel momento, ya no dudó.
Se deshizo en lágrimas silenciosas.

La señora de Reville, que estaba de rodillas
cerca de ella, la oyó sollozar.

Vió que su pecho se agitaba.

La tocó suavemente en el brazo y la dijo en
voz baja:

—¿Cómo en Lucerna?

—¡Es el que yo esperaba!—murmuró la
joven.

—¿Marcelo?

—¡Está ahí!

La señora de Reville tenía en el oído la que-
jumbrosa y desesperada súplica de Fernanda:
«¡Llevadme!... ¡Vámonos!...»

—Ese era mi secreto... ¡Sí, le quiero y le
amo!...

—¿Lo sabe él?

—Nó... ¡Si él no me ama, renunciaré al
mundo!

Sus lágrimas se redoblaron.

La duquesa no la contestó más que con un
apretón de manos.

El funeral había acabado.

En el cementerio, Teresa y Pedro Montarón
no estaban ya solos.

Marcelo estaba á su lado.

—¿Es él?—preguntó la duquesa á Fer-
nanda.

—El es.

Fernanda añadió:

—Habéis tenido razón en aconsejarme el si-
lencio. A él será á quien yo haga mi confe-
sión... delante de vos.

—¿Delante de mí?

—Vos me habéis servido de madre... No os
negaréis á asistirme... en esta prueba... á sos-
tenerme, si debilito...

—Cierto...

—Os lo suplico...

—¿Cuándo?

—Al instante, ó al menos tan luego como él
quiera oírme.

—¿Pero habéis reflexionado, Fernanda?

La joven contestó á la objeción inquieta de
la condesa:

—¡Es el corazón más noble que he cono-
cido!...

La duquesa examinaba á Marcelo, y todo en
él la seducía y la ganaba.

Desde el primer golpe de vista quedó con-
quistada.

Su aspecto dulce y grave, sus facciones alti-
vas y nobles, de una distinción tan notoria la
había sorprendido desde luego.

Al estudiarle con atención reconocía en él
los caracteres de fuerza y de franqueza que
había encontrado en la mayor parte de los
Montarón, cuyos retratos cubrían las paredes
del castillo de la Ferté.

Cuando las últimas oraciones hubieron con-
cluido, la señorita de Corbiere se acercó á la
fosa y al recibir de manos de Marcelo el ramo
de boj con que los concurrentes echaban agua
bendita sobre el féretro de la muerta, le dijo
con voz temblorosa:

—Caballero, quisiera hablaros.

—¿A mí?—dija con cierta admiración.

—A vos.

—Estoy á vuestras órdenes, señorita.

—En el presbiterio, si queréis.

—¿A qué hora?

—A la que vos digais.

—Cuando queráis.

—Si no temiera molestaros diría que en seguida.

—Allí estaré dentro de un instante.

Momentos después he aquí lo que pasó en una de las habitaciones de la modesta casa del cura de la Ferté.

En presencia de la señora de Reville, Fernanda, con voz segura, porque estaba decidida á esta humillación y la aceptaba como una última prueba y una expiación, contó á Marcelo que la escuchaba sin pronunciar una palabra, muy pálido y sufriendo por el dolor que aque-lla joven tan noble, tan pura y tan hermosa, debía experimentar al hacer tales confesiones, todo lo que habia pasado en la familia después de la muerte de su hermano Rolando de Corbiere hasta el día del incendio de la Opéra Cómica.

Le confesó, excusándola por el ódio que su madre tenía á aquellos parientes pobres que se llamaban los Montarón, los actos porque Teresa habia sufrido tanto; explicó el drama de la muerte de su hermano Gabriel y el encadenamiento fatal de circunstancias que lo habian traído.

Y cuando él hubo oído todo, al verle lleno de estupor y aterrado por una revelación tal, más bien que alegre por la fortuna que iba á

recaer sobre aquella Teresa, á quien quería más que á sí mismo, Fernanda le dijo:

—Vuestra madre ha muerto consolada, confiada en el porvenir de sus hijos; yo la he prometido consagrar todos mis esfuerzos á la rehabilitación de un condenado que la opinión pública ha absuelto ya; mi hermano Rolando, ligero tal vez, pero valiente y generoso, lo habia hecho ya antes de morir. En cuanto á mí, que no he participado de esos odios que yo no comprendía, y que no aprecio el dinero más que por el bien que se puede hacer con él, me he impuesto una misión secreta: la de apagar esos odios y suprimir su causa. Muy niña, encerrada en ese vasto castillo, donde erraba sola, estudiaba su pasado: sabía que somos de la misma sangre, y me decía que hubiéramos debido estar unidos, sostenernos y querernos los unos á los otros. En mi joven cabeza se habia formado un sueño de porvenir y perseguía en secreto su realización... Los acontecimientos han contrariado mis proyectos... He quedado sola de una familia cuyos odios secretos no me atreveré á hacer conocer más que aquellos que tienen interés en salvar su honor, puesto que forman parte de ella. En adelante, no me queda más que retirarme del mundo y vivir en la obscuridad, y estoy resuelta á ello... á menos que...

Se detuvo.

Una visible emoción la cortaba la palabra, pero hizo un esfuerzo y repuso lentamente:

—A menos que un día, un hombre que me ha dicho cosas que no podré olvidar se presen-

te ante mí, que la casualidad nos proporcione un encuentro y que me repita las palabras tiernas y consoladoras que dirigía á una incógnita.

Marcelo había escuchado hasta entonces en silencio, con la cabeza baja, meditando cada una de las palabras que salían de aquellos labios encantadores.

Pero al oír estas palabras un estremecimiento le agitó de los pies á la cabeza, é irguiéndose dijo lentamente, interrogándola con los ojos:

—¿A una incógnita, decís?

—Sí, á una mujer que le había hecho un servicio un día de apuro y hacia la que una corriente de simpatía la arrastraba.

—¿Y esas palabras eran?...

Fernanda sacó de su pecho una carta, una sola, la última, la abrió y leyó:

«Os amo como á esas madonas á quienes se ve con los ojos de la fe, que se complace uno en adornar con todas las gracias y que nos miran desde el cielo con una sonrisa angelical.

»¡Viviré, pues, en un sueño!

»Y en ese sueño, sois vos, vos sola, quien será la luz, el encanto, la inspiración y el amor, el amor puro, eterno y divino...»

—¡Mis cartas!—exclamó Marcelo.

—Sí, vuestras cartas, que guardaba yo preciosamente, y que me hacen amaros á mí también, á causa de su dignidad y de su nobleza.

Marcelo dió un paso para echarse de rodillas á los pies de la señorita de Corbiere, pero un escrúpulo le detuvo.

Ella era rica y poderosa,

El era pobre.

Fernanda lo comprendió.

—Marcelo—dijo—á mí es á quien toca hablar y no á vos. Solo nosotros conocemos los secretos de una familia que ha tenido sus días de gloria y que tiene sus horas de tristeza y de duelo. Nosotros podemos borrar los malos recuerdos y expiar las faltas haciendo el bien. He aprendido á estimaros desde hace mucho tiempo; no conozco un desfallecimiento en vuestra vida. Yo no sé si me amais verdaderamente, porque esas cartas tan pundonorosas, tan dignas, no era á mí á quien estaban dirigidas. Yo estoy dispuesta amaros, si vos quereis, y os ofrezco mi mano.

Marcelo vaciló en responder, pero gruesas lágrimas corrían por sus mejillas.

Fernanda añadió:

—Si algún escrúpulo os detiene, os lo he dicho, mi partido está tomado. Entraré en un convento... cuéstemelo lo que me cueste.

El joven miró á la duquesa como para pedirle consejo.

En aquel momento entró el cura diciendo:

—Marcelo, un despacho para vos.

Venía de Lucerna y decía:

«Mi pobre amigo Mertens ha muerto al ir á París de la rotura de un aneurisma. Os instituye su heredero universal.

»Sois rico Venid.

»MULLER.»

Marcelo permaneció un instante inmóvil, herido por aquella noticia que le llegaba al corazón.

Tendió el telegrama á la señora de Reville, murmurando:

—¡El también, era mi bienhechor!

Sus ojos velados por las lágrimas encontraron los de Fernanda.

Y cayendo de rodillas, la cogió las manos, las llevó á los labios y murmuró:

—¡Cuán buena sois y cómo mereceis ser amada!

Tres meses después, en la pequeña iglesia de La Ferté-Montarón, dos bodas se celebraron al mismo tiempo.

Una de ellas era la de la señorita de Corbiere con Marcelo de Montarón: la otra, la de Teresa con el marqués Huberto de Sauves.

El sueño, largo tiempo vago é incierto de Fernanda se había realizado.

Teresa Montarón se casaba con su ideal.

Aquellas dos uniones parecían contraerse bajo deplorables auspicios.

Los esposos y el acompañamiento, que se componía de los amigos y de los parientes de las dos casas, estaban de luto.

Sin embargo debían ser felices.

Guillermo y Juan no estaban allí, pero habían enviado la víspera un telegrama expresando su alegría y sus votos por la felicidad de los novios.

Aquella misma noche el marqués de Sauves llevó á su mujer á París al hotel del conde Gabriel de Corbiere, el regalo de boda de Fernanda á su cuñada.

Pedro Montaron se volvió á la Boca del Lobo, que no quería abandonar, y al entrar en

la casa medio derrumbada, que debía restaurar en la primavera, preguntó á Magdalena con sencillez y buena sonrisa:

—Y tú, Magdalena, ¿no quieres ser marquesa?

Ruborizada y confusa, la pobre muchacha, no sabía qué contestar:

El cazador de topos, que se había instalado familiarmente en la habitación del pórtico, dijo á Magdalena, empujándola hacia los brazos de Pedro:

—Di que sí, tú eres una valiente y honrada muchacha y habrá más de una gran dama que no valdrá lo que tú.

Y Fernanda, en la habitación donde triste en el pasado pero feliz al presente, se encerraba con el elegido de su corazón, murmuró al verle á sus pies:

—Me tomábais por un hada y no era más que una criatura que se compadecía de vos y que tal vez os amaba sin saberlo.

VII

Hoy.

El tiempo es el mejor calmante para las enfermedades morales del alma y del corazón.

Juan y Guillermo Montarón habían obrado con delicadeza no haciendo más que enviar á la señorita de Corbiere y á su hermana un telegrama lleno de ternura y de votos por su felicidad.

Presentes, hubieran recordado demasiado vivamente á Fernanda la muerte de su hermano Rolando y reavivado penas demasiado recientes para estar completamente olvidadas.

Además, Juan Montarón no podía entrar en Francia.

Seguía sufriendo los efectos de la condena que sobre él pesaba.

Estos efectos han sido por fin destruidos, pero no por una rehabilitación judicial.

La rutina de los golillas es tal, que no han querido salir de su absurdo razonamiento: Juan Montarón estaba muerto legalmente.

No se le podía resucitar sin proclamar un error crasísimo, y sin embargo explicable.

Ha sido preciso que el jefe del Estado, más razonable que toda esa gente de toga, devolviese de un plumazo la libertad á ese difunto recalceitrante que se obstinaba en vivir y que el favor popular proclamaba inocente, ó al menos excusable, digno de interés y de perdón.

De tal suerte, que en el año 1882, después de tres años de gestiones del Sr. Letanneur de la Gigonniere, de la condesa Fernanda de Montarón y de sus amigos, se vió el fenómeno de que el presidente de la república indultase á un muerto.

Hoy, Juan Montarón está libre y es rico.

La hora del olvido y del perdón ha sonado, y se prepara á entrar en su país con su hermano Guillermo y el marqués de Fleuse.

Se han hecho inseparables.

Ocho años de vida común los han unido para siempre.

El matrimonio de Fernanda de Corbiere ha sido para ellos la causa y el origen de una era de prosperidad grandiosa.

La generosidad de la joven, puso á su disposición inmediatamente después de su boda con Marcelo, una suma de un millón, gracias á lo que han dado ellos un vuelo increíble á sus negocios.

Han cedido todos los terrenos que habían adquirido y se disponen á venir á disfrutar el fruto de sus trabajos á su querido país.

Boissier, el excelente pasante del Sr. Dubreuil, á quien ha sustituido hoy, ha rescatado la casa solariega del vizeconde de Fleuse, con grande extensión de bosques y granjas que la limitan.

Igualmente ha adquirido y pagado con el dinero que Guillermo y Juan Montarón le han enviado de la Australia mil hectáreas alrededor de la Boca del Lobo, de manera que componga un dominio que permita á los hermanos

que quieren permanecer solteros no cazar más que en su posesión.

Se les espera en el país dentro de pocos días y se preparan grandes fiestas de familia para celebrar la vuelta de aquellos á quienes llaman los desterrados.

Si el azar os lleva á los alrededores de la Ferté Montarón, no veréis allí más que gentes felices.

Todo el antiguo personal de servidores sigue allí.

No falta más que Barasson, que ha recibido su retiro, no sin llevar consigo la promesa de una rentita que le permita vivir á cubierto de sus necesidades.

Ha habido amnistía general.

Tres niños, muy pequeños aún, ruedan por la pradera delante de la inmensa fachada de la vieja y señorial mansión, ó se pasean en cochecitos tirados por asnos, y á veces en bicicletas por los hermosos paseos.

La fiesta es completa cuando el marqués de Sauves, su mujer y sus dos hijos van á pasar algunas semanas á la Ferté, de la que salen poco sus propietarios.

La unión es, no solo cordial entre los dos matrimonios, sino de una solidez á toda prueba.

El hotel de Corbiere, hoy hotel Montarón, está la mayor parte del tiempo solitario y silencioso.

Las riquezas artísticas y los recuerdos que contiene, tienen por guardianes al marqués de Sauves y á Teresa, que lo vigilan por cuenta de Fernanda y de su marido.

Los propietarios hacen en él alguna que otra corta estancia, y entonces es una solemnidad artística para sus amigos.

Marcelo es un ejecutante incomparable y un compositor extraordinario, pero no le gusta el ruido, ni el brillo, y su genio no es admirado más que por un pequeño círculo de amigos.

De cuando en cuando va á pasar unos días á Lucerna, en donde ha comprado una villa, en recuerdo de su maestro y amigo señor Mertens, á quien ha hecho trasladar al cementerio de su país, y al que ha elevado una sepultura grandiosa.

El señor Mertens, por su testamento, legó á su discípulo, á quien llamaba su hijo, toda su fortuna, que ascendía á seis millones de francos, menos un millón, que fué dividido en partes iguales entre su amigo Muller y la ciudad de Lucerna.

El heredero dió dos.

Es muy querido en Lucerna y, sin haber hecho nada para gozar allí de una popularidad apasionada, la tiene y con justo título.

Muchas veces es él quien dá los conciertos en la Hofkirche, en las tardes del verano.

Fernanda le acompaña en la tribuna del órgano y á veces le dice:

—Toca para mi sola.

Entonces Marcelo hace prodigios en el órgano.

Jamás se ha encontrado bajo la bóveda celeste pareja más unida, y vibrando mejor al unísono.

Otro tanto puede decirse del marqués de Sauves y de Teresa; pero no es el mismo estilo.

Fernanda es la gracia dulce y conciliadora, conmovida y poética, Teresa la alegría, el ingenio, la malicia espiritual, la adorable alegría del hogar que habita.

Las dos hermanas se completan la una á la otra.

¡Y se adoran!

Si se quiere saber lo que ha sido de los demás personajes de esta historia, no hay más que leer las pocas líneas que siguen.

La prometida del desgraciado Escoubere está al abrigo de la necesidad.

La señora de Montarón la ha señalado una renta vitalicia de tres mil francos y un dote de treinta mil para casarse con Brossois que ha sido el sucesor de su amigo.

Siguen de coristas en la Opera Cómica y quieren continuar hasta la apertura del nuevo teatro que se levanta lentamente sobre las ruinas del antiguo.

Samson, el antiguo capataz de los hermanos Morard, se ha casado con una encantadora Solognesa y dirige el arreglo de los jardines de la Ferté.

Fernanda le ha tomado á su servicio por recomendación de su cuñado y no tiene más que motivos para estar contenta de sus servicios.

El antiguo amigo de Juan está encantado.

Habita una bonita casa, rodeada de las mejores canastillas del mundo.

Caza libremente en los bosques, pesca en los

estanques durante sus horas de asueto y lleva la vida que él había soñado en todos tiempos sin esperar gozar de ella.

Launay vive en un castillo de los alrededores de Caen.

La jorobada se da aire de gran señora y goza de una consideración general.

Todo el mundo cree que su pequeña fortuna la debe á la simpatía de su ama la condesa de Corbiere, nacida Natalia Beauvillars, y que la ha obtenido en recompensa á sus leales servicios.

El bueno del señor Quillet ha perdido su portera de la calle del Echaudé.

Murió hace dos años de una pulmonía.

Esta pérdida le tiene triste.

Tiene apego á sus costumbres y le gustaba hablar con la señora Guignard de sus antiguos inquilinos.

El pobre hombre tiene fuertes y frecuentes ataques de gota, lo que no le impide pensar algunas veces en su conquista del Jardín de París.

Y siempre se dice suspirando:

—¡Qué hermosa era!

Los Krug están en plena era de prosperidad; la reputación del pintor aumenta de día en día, gracias, sobre todo, á los esfuerzos de la marquesa de Sauves, su antigua discípula, que le recluta con celo tantos aficionados como puede encontrar.

La señora Firmin ha recibido una suma doble que la que el conde Gabriel de Corbiere la había legado, y bendice su memoria.

La nodriza de Fontaine y su hija están encargadas de las aves del castillo y adoran á su joven y graciosa cliente de otros tiempos.

El cazador de topos vive aún.

Se conserva firme y saludable.

Vive en la Boca del Lobo, que ya está restaurada.

Es tal vez el que con más impaciencia espera la llegada de Juan y Guillermo Montarón.

—¡Después de esto—decía estos últimos días á la compañera del marqués Pedro de Montarón, feliz como una reina, ves tú, Magdalena, me iría sin sentimiento al otro mundo!

Para concluir, el Estado, según el pronóstico del conde Gabriel, ha heredado, por no haber sido reclamados, los diez mil francos rehusados por Escoubere y enviados al comisario de policía, sección de objetos hallados.

No por esto es más rico.

Su caja es un verdadero tonel de los Donnaises.

¡Tanto peor para él... y para nosotros!

